

# *Consagración al Corazón Inmaculado de María*

*hecha por Juan Pablo II  
el 25 marzo de 1984 en la Plaza de San Pedro*

La familia es el corazón de la Iglesia. Se eleva hoy de este corazón un acto de particular confianza al corazón de la Madre de Dios. Queremos profesar que el amor es más grande que el pecado y de cualquier mal que amenaza el hombre y el mundo. Con humildad invocamos este amor. “Nos acogemos a tu protección Santa Madre de Dios”. Pronunciando las palabras de esta antifona, con las que la Iglesia reza desde hace siglos, nos encontramos hoy ante ti, Madre.

Y por esto, oh Madre de los hombres y de los pueblos, tú que conoces todos sus sufrimientos y esperanzas, tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre las tinieblas que invaden el mundo contemporáneo, acoge nuestro grito, que, movidos por el Espíritu Santo, elevamos directamente a tu corazón; abraza con amor de Madre y de Sierva del Señor, este mundo humano nuestro, que te confiamos y consagramos, llenos de inquietud por la suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos.

De modo especial confiamos y consagramos aquellos hombres y aquellas naciones, que tienen necesidad particular de esta entrega y de esta consagración. ¡“Nos acogemos a tu protección Santa Madre de Dios”! ¡No desprecies las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades!

He aquí que, encontrándonos hoy ante ti, Madre de Cristo, ante tu Corazón Inmaculado, deseamos, junto con toda la Iglesia, unirnos mediante la consagración que, por amor nuestro, tu Hijo hizo de Sí al Padre cuando dijo: “Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad”. Queremos unirnos a nuestro Redentor en esta consagración por el mundo y por los hombres, la cual, en su Corazón divino, tiene el poder de conseguir el perdón y de procurar la reparación.

El poder de esta consagración dura por siempre, abarca a todos los hombres, pueblos y naciones, y supera todo el mal que el Espíritu de las tinieblas es capaz de sembrar en el corazón del hombre y en su historia; y que, de hecho, ha sembrado en nuestro tiempo.

¡Oh, cuán profundamente sentimos la necesidad de consagración para la humanidad y el mundo: por nuestro mundo contemporáneo, en unión con Cristo mismo! En efecto, la obra redentora de Cristo debe ser participada por el mundo a través de la Iglesia. Bendita seas por encima de todas las creaturas, tú, Sierva del Señor, que de la

manera más plena obedeces a la llamada divina. ¡Te saludamos a ti, que estás totalmente unida a la consagración redentora de tu Hijo!

Madre de la Iglesia: ilumina al Pueblo de Dios en los caminos de la fe, de la esperanza y de la caridad. Ilumina especialmente a los pueblos de los que tú esperas nuestra consagración y nuestro ofrecimiento. Ayúdanos a vivir en la verdad de la consagración de Cristo por toda la familia humana del mundo actual.

Al encomendarte, oh Madre, el mundo, todos los hombres y pueblos, te confiamos también la misma consagración del mundo, poniéndola en tu corazón maternal. ¡Corazón Inmaculado! Ayúdanos a vencer la amenaza del mal, que tan fácilmente se arraiga en los corazones de los hombres de hoy y que con sus efectos inconmensurables pesa ya sobre nuestra época y da la impresión de cerrar el camino hacia el futuro.

Del hambre y de la guerra: ¡Líbranos!

De la guerra nuclear, de una destrucción incalculable y de todo tipo de guerra: ¡Líbranos!

De los pecados contra la vida del hombre desde su primer instante: ¡Líbranos!

Del odio y del envilecimiento de la dignidad de los hijos de Dios: ¡Líbranos!

De toda clase de injusticias en la vida social, nacional e internacional: ¡Líbranos!

De la facilidad de pisotear los mandamientos de Dios: ¡Líbranos!

De la tentativa de ofuscar en los corazones humanos la verdad misma de Dios: ¡Líbranos!

De la pérdida de la conciencia del bien y del mal: ¡Líbranos!

De los pecados contra el Espíritu Santo: ¡Líbranos! ¡Líbranos!

Acoge, oh Madre de Cristo, este grito lleno de sufrimiento de todos los hombres. Lleno de sufrimiento de sociedades enteras. Ayúdanos con el poder del Espíritu Santo a vencer todo pecado, el pecado del hombre y el pecado de todo tipo. Se manifieste, una vez más, en la historia del mundo, el infinito poder salvador de la Redención; el poder del Amor misericordioso. Que éste detenga el mal. Que transforme las conciencias. Que en tu Corazón Inmaculado se abra a todos la luz de la esperanza.

*Amén.*